

Por el autor de *La Cena Secreta*

# JAVIER SIERRA

EL SECRETO EGIPCIO  
DE NAPOLEÓN



12 de agosto de 1799. Napoleón Bonaparte lleva más de un año aislado en Egipto, Siria y Palestina. Asediado por los ingleses, días antes de abandonar el país de las pirámides, en la víspera de su trigésimo cumpleaños, decide pasar una noche a solas en el interior de la Gran Pirámide, a las afueras de El Cairo. Aunque sus biógrafos nunca han sabido que fue lo que vivió en el vientre del monumento, esta novela recrea lo que allí sucedió y lo relaciona con el encuentro que Bonaparte sostuvo cinco meses atrás, en la remota aldea de Nazaret, con representantes de una misteriosa secta. Allí hablaron de la infancia de Jesús, de su huida a Egipto... y de cierta fórmula para alcanzar la inmortalidad. ¿Qué buscó el general Bonaparte en el interior de la Gran Pirámide? ¿Y qué encontró?

Quizá, lector, tengas la tentación de creer que las afirmaciones que contiene este libro son fruto exclusivo de mi imaginación. Y nada más lejos de la verdad. Lo que en él se cuenta es una meditada mezcla de verdades como puños y escenarios probables, que sólo los más atentos apreciarán en lo que valen.

A uno de ellos, a mi abuelo espiritual Antonio Ribera, están dedicadas las líneas que siguen. Sé que, desde la otra orilla del Nilo celestial, él apreciará mejor que nadie lo que quiero decir.

No es entonces descabellado que los egipcios sostengan en su mitología que el alma de Osiris es eterna e incorruptible, mientras su cuerpo es repetidamente desmembrado y ocultado por Tifón, e Isis lo busca por todas partes y logra recomponerlo nuevamente. El ser está por encima de toda corrupción, así como de todo cambio.

PLUTARCO, *Iside et Osiride*, LIV

# Introducción

## Un apunte necesario

Al atardecer del primero de julio de 1798, treinta y seis mil soldados, algo más de dos mil oficiales y unas trescientas mujeres entre esposas de militares y prostitutas embarcadas ilegalmente en una de las flotas de guerra más grandes jamás armadas, pusieron pie en las playas egipcias de Alejandría, Rosetta y Damietta. Salvo una reducidísima élite militar, ninguno sabía a ciencia cierta qué esperaba Francia de ellos al otro extremo del Mediterráneo.

Superados los primeros inconvenientes, en sólo veinte días parte de esos efectivos se habían hecho ya con el control del Delta del Nilo y descendían rumbo a El Cairo. Allí vieron por primera vez las impresionantes pirámides de Giza, y bajo sus sombras picudas derrotaron a las poco organizadas hordas de combatientes mamelucos. De esta forma, se ponía fin a tres siglos de dominio otomano en Egipto.

Quien dirigió tan colosal como desconocida operación fue el prometedor y ambicioso general Napoleón Bonaparte. Con la complicidad del ministro de Asuntos Exteriores y del cónsul francés en la capital egipcia, éste planeaba cortar la próspera ruta comercial de los ingleses con Asia, para debilitar así al peor enemigo que tenía Francia por aquel entonces. Napoleón, no obstante, pronto cayó preso de su propia ambición. El almirante británico Horace Nelson localizó y hundió su flamante flota frente a las costas de Abukir el 1 de agosto de aquel mismo año, causando más de mil setecientas bajas y dejándole aislado, sin suministros y a merced de sus enemigos en un territorio hostil y extraño.

Pero los franceses resistieron con tenacidad.

Durante los siguientes catorce meses que pasó en tierras egipcias, Bonaparte aprovechó bien el tiempo: fundó un instituto para estudiar el misterioso pasado de aquel pueblo, y puso a trabajar a más de ciento sesenta sabios expresamente reclutados en Francia para exprimir de sus estériles arenas el jugo de una ciencia olvidada y poderosa. Sólo esa acción demostraba que su propósito final en tierras faraónicas no era exclusivamente bélico.

Tal fue la obsesión del general por controlar aquella región del planeta que incluso se adentró en Tierra Santa con la intención de sojuzgarla. Era como si Bonaparte pretendiera emular las hazañas de los primeros cruzados. De hecho, al modo de un templario del siglo XIII, atravesó Palestina de sur a norte, hasta que el 14 de abril de 1799, contra la voluntad de todos los generales que le acompañaban, quiso pernoctar en un pequeño villorrio cercano al lago Tiberiades llamado Nazaret.

Jamás —nunca, ni siquiera en su postrer exilio en Santa Elena— explicó el porqué de aquella decisión.

Su campaña militar en los Santos Lugares y Siria fue otro fracaso. Sabía que su carrera amenazaba con desplomarse si persistían las derrotas y los errores estratégicos. Quizá por ello Napoleón asedió Jaffa, la conquistó a sangre y fuego y acabó con las vidas de soldados, mujeres, ancianos y niños sin ningún miramiento. Pero San Juan de Acre —el último reducto de los turcos rebeldes— se le resistió, truncando sus planes de llegar hasta las puertas mismas de Constantinopla, y echando por la borda su secreto deseo de emular las conquistas de Alejandro Magno.

Desmoralizado, el general regresó a El Cairo para descubrir que, el 15 de julio de 1799, más de quince mil turcos apoyados por los ingleses habían desembarcado en Abukir dispuestos a expulsarle definitivamente de Egipto. El lugar elegido por sus enemigos trajo funestos recuerdos a Napo-

león. Pero el 25 de julio sus tropas derrotaron a los mame-lucos, vengando en parte el agravio de Nelson.

Bonaparte, embriagado por el éxito, puso de nuevo rumbo a El Cairo, adonde llegó el 11 de agosto, en medio de los calores más fuertes del año. Fue entonces cuando sucedió algo inesperado: mientras ultimaba discretamente su regreso triunfal a Francia, decidió pasar otra noche en un lugar poco recomendable. Esta vez, en el interior de la Gran Pirámide de Giza.

Tampoco explicó nunca el porqué de esta otra decisión. Ni dio demasiados detalles de lo que allá adentro le ocurrió. Sus biógrafos no resolvieron jamás el misterio. Pero después de permanecer la madrugada del 12 al 13 de agosto de 1799 en el vientre del mayor monumento levantado por el hombre en la antigüedad, Napoleón no volvería a ser ya el mismo...

## Egipto

### Giza, III Década, Quintidi de Termidor<sup>[1]</sup>

—¡Atrapado!

El pulso del corso se aceleró bruscamente, golpeando sus sienes con la fuerza de una maza.

Todo sucedió en un suspiro: primero, su cuerpo se desplomó como si algo muy pesado tirara de él hacia el centro de la Tierra. A continuación, sus pupilas se dilataron tratando desesperadamente de buscar una brizna de luz, al tiempo que se tensaban cada uno de sus músculos.

—¡...Atrapado! —murmuró otra vez, de bruces contra el suelo—. ¡Encerrado! ¡Sepultado en vida!

El soldado, consciente de que iba a morir, tragó saliva.

Estaba solo, aislado bajo toneladas de piedra y sin un maldito mapa que indicara el camino de salida. Y la amarga certeza de saberse sin yesca de repuesto ni agua amenazaba con paralizarle de terror.

¿Cómo había podido ser tan torpe? ¿Cómo él, bregado en tantos combates, recientísimo héroe que en Abukir acababa de humillar a sus enemigos, se había olvidado de tomar un par de precauciones como aquéllas? Su cantimplora y sus lámparas, cuidadosamente empaquetadas en las alforjas de su montura, estaban definitivamente fuera de alcance. Ya era tarde para lamentarse del descuido. De hecho, era tarde para todo.

El corso tardó un segundo más en reaccionar: dentro de aquella celda de piedra, sumergido en un silencio que tenía algo de sacro, que era doloroso, recordó de repente lo úni-

co que podría salvarle la vida: confiar. Debía tener fe. Fe en la victoria, como cuando atravesó los Alpes en dos semanas y conquistó Italia a golpe de batalla. O como cuando derrotó a los austriacos en Puente de Arcole y Rivoli.

Debía, pues, recuperar de inmediato aquella esperanza en su propio destino que tantas veces le había sacado de apuros.

¿Acaso no era aquella su asignatura pendiente? ¿No era él quien tan a menudo se enorgullecía de haberse entregado a un porvenir que creía escrito en alguna parte? ¿Por qué no podría poner ahora su fe a prueba?

El militar, con el uniforme teñido de polvo, fue reaccionando poco a poco. Su mente dio algunas órdenes rápidas y sencillas al cuerpo, como mover los dedos de los pies dentro de sus botas de cuero, apretar los dientes con fuerza o aclarar la garganta con toses cortas y secas. Acto seguido, arrugó la nariz tratando de exprimir algo de aire puro de aquella atmósfera secular.

Estaba vivo, pero tenía miedo.

¿Miedo? ¿Era miedo la corriente que notaba ascender en espiral por su columna? Y de no serlo, entonces... ¿qué? ¿Iba a dejarse dominar precisamente ahora por las supersticiones que había oído de labios beduinos acerca de los habitantes invisibles de las pirámides? ¿Podía, como le habían advertido, llegar a perder el juicio si permanecía dentro de una de ellas mucho tiempo?

... ¿Y cuánto le quedaba allí dentro? ¿La eternidad?

El frío, un gélido temblor gestado en lo más profundo de su ser, se apoderó de él clavándolo contra el empedrado. Algo —intuía— estaba a punto de suceder.

Jamás había sentido algo así. Fue como si una miríada de finos alfileres de hielo atravesaran su uniforme y se le clavaran despiadadamente en los huesos. La sangre había dejado de correr por sus venas, y en sus ojos comenzaba a dibujarse un gesto pétreo, agónico, que no miraba a ninguna parte.

Durante unos segundos ni siquiera parpadeó. Temía que su corazón se parara.

Tampoco respiró.

Cuando la angustia se había hecho ya con el control de sus actos, en medio del frío y del desconcierto, sus pupilas creyeron distinguir un tibio movimiento. En la penumbra, el corso forzó la mirada. Primero se lo negó a sí mismo. No era posible que una nube de polvo del desierto se hubiera colado tan adentro. Pero después se aferró a aquella quimera con fiereza. El soldado tuvo la clara sensación de que en el fondo de la sala se habían dibujado las siluetas de al menos dos personas, como si una brizna de sol hubiera calado las piedras hasta hacerlas translúcidas, revelando así una presencia oculta durante milenios.

Al corso le costó identificarlas. Eran irreales, falsas, sin duda el producto de una poderosa alucinación, pero tan vividas que, durante un instante, calibró la posibilidad de echar a correr hacia ellas.

—¿Quiénes... sois? —tartamudeó.

Nadie respondió.

Aquella visión se mantuvo estática, y luego, pausadamente, desdibujó sus contornos hasta desvanecerse en medio de la negrura más absoluta.

¿Se estaba volviendo loco?

¿Comenzaba a surtir efecto sobre él la maldición de la pirámide?

¿Había o no alguien más en el interior de aquel colosal sepulcro?

El soldado tomó aire, haciendo un vano esfuerzo por poner la mente en blanco y borrar aquel ensueño de su cabeza. Tal como le habían enseñado en Nazaret, cerró los ojos y espiró aire profundamente. Fue en vano.

Ni por un segundo Napoleón Bonaparte, el gran general que había liberado a Egipto del dominio mameluco, pudo sacudirse la idea de que acababa de ser enterrado vivo.

Y por primera vez en su vida, desesperado, el temido Bonaparte se derrumbó.

¿Soñaba? ¿Estaba muerto ya?

Napoleón nunca supo el tiempo que permaneció inconsciente, tumbado sobre las frías losas de la llamada Cámara del Rey. Cuando despertó —ajeno aún a todo lo que se le avecinaba—, tuvo la extraña y absurda certeza de que no estaba solo.

Nunca supo explicarlo con palabras. No pudo. Pero durante el tiempo en que permaneció inmóvil, el granito había desarrollado una fantasmal fosforescencia a su alrededor.

—¡Aquí me tenéis!... —gritó recordando a sus fantasmas—. ¡No os temo! ¡Manifestaos si os atrevéis!

El vientre del monumento le ignoró. Su eco era lo único vivo que había allá dentro.

Napoleón comprendió que no debía rendirse. A tientas, atrapó con el puño izquierdo sus desordenados cabellos, los ató en una cola de caballo con el derecho y dio un salto poniéndose en guardia. Aún estaba vivo. No podía dejarse morir. No así.

Una serie de sucesivos movimientos musculares bien ensayados le devolvieron parte del calor perdido. Al momento volvió a sentir que el hedor a murciélago que impregnaba toda la pirámide se deslizaba otra vez por su garganta.

La visión de aquel brillo verdusco, breve, le había devuelto algunas fuerzas.

Aunque no recordaba habérselas visto antes con una oscuridad semejante, jamás la ausencia de luz le había intimidado tanto.

¿Qué hacía allí? ¿Por qué, de repente, le asustaba tanto aquel lugar? ¿No era acaso esa la misma pirámide a la que había dedicado tantos elogios en presencia de sus generales? ¿No era ese el monumento con cuyos bloques él podría construir un muro de un metro de alto que rodeara toda Francia?

Mientras tanteaba a su alrededor buscando una pared en la que apoyarse, el corso repasó su situación. Bien pensado, su temor tenía una única razón de ser: todo allá adentro, incluso el preciso instante en que la última llama de su tea chisporroteó hasta consumirse, parecía haber sido preparado a conciencia. El crujido agónico del fuego, el aroma del humo ascendiendo hasta el techo plano de granito que gravitaba sobre su cabeza, incluso el impenetrable silencio que había llenado la estancia un segundo después de hacerse la oscuridad, obedecía a una meticulosa maniobra de los ancianos guardianes de Giza. O lo parecía.

¿Acaso había caído el Sultán Kebir<sup>[2]</sup> en una trampa?

El corso gruñó.

No. No era eso. Los políticos del Directorio en París le habían enseñado a estar preparado para una eventualidad tan humana como la deslealtad. La voracidad por el poder de aquel puñado de hombres y su probada falta de escrúpulos le habían entrenado para distinguir los corazones falsos de los nobles.

Tampoco se engañaba al desconfiar de los amables gestos de aquiescencia de los imanes de El Cairo, cuando días atrás aceptaron con abierta sonrisa sus poco creíbles pretensiones religiosas. Él mismo, al regreso de su campaña contra Tierra Santa, se había presentado a los líderes religiosos de la ciudad como la encarnación del ser superior profetizado por el Corán. Aquel que había de llegar de Occidente para continuar con la obra del Profeta...

¿Y si le habían llevado allí para castigar su blasfemia?

Napoleón quiso hacer memoria: Elías Buqtur, el hábil intérprete copto que le había servido de guía desde su desembarco en Egipto, le había conducido a las lindes del desierto con la promesa de revelar algo extraordinario. El Nilo acababa de desbordarse, esparciendo su generoso limo por los campos del Delta. El pueblo celebraba la bendición de su río, y el peso de los dátiles en sus palmeras llenaba de vida todo el valle. Pero a Elías, un varón con cara

de palo, aquello parecía darle igual. Insistió en llevarle ese ocaso a las afueras de la ciudad, al interior de la más grande de las pirámides de Giza, e iniciarle en sus arcanos secretos.

«Quien domine la pirámide, dominará el Universo», le anunció de camino. En cierto modo, Napoleón estaba seguro de que aquello era una gran verdad. Quizá, la verdad.

Tan extraña invitación, formulada en el despacho que Bonaparte había instalado cerca del lago Azbakiya, llevaba horas obsesionándole. Elías, sobrino predilecto de su fiel general Jacob Tadrus, cabecilla con honores de la Legión Copta del ejército francés, no tendría por qué engañarle en algo tan aparentemente inofensivo.

¿O sí?

Napoleón lo recordaba perfectamente: con su mirada astuta, su piel blanquísima, brillante, y su barbita afilada cubriéndole un mentón anguloso y fuerte, Elías le advirtió que su asistencia al rito de la pirámide era fundamental. «Nadie debe saber que venís», dijo muy serio. «Sólo por vuestra insistencia, el general Kléber tiene la bendición necesaria de los dioses para servirlos de escolta, siempre que se mantenga a una distancia prudencial de vos. Pero si decidís desoírme, puedo aseguraros que lo que ha de revelarse no se manifestará».

Napoleón, insólito en él, se fió. Ni siquiera prestó atención a la alusión de su intérprete a los dioses. Elías —eso pensaba— era un copto estricto. Pero ¿qué era lo que había de manifestársele en la Gran Pirámide? ¿Se refería a la muda visión que acababa de presenciar? Y en ese caso, ¿cómo podía saber Buqtur... ?

Escortado por un pequeño grupo de hombres, cuatro pollinos cargados de mantas, agua y bananas, Napoleón atravesó en una gran barcaza la aldea de Nazlet el-Sammam a la puesta del sol. Después de remontar la depresión en la que descansa la Esfinge, se dirigió a caballo hacia la mayor de las pirámides del lugar. Eran auténticas montañas

artificiales, diseñadas por arquitectos de un mundo perdido que pretendían desafiar al tiempo. Aquel atardecer de verano, solemne como ninguno en Giza, el astro rey teñía de oro viejo las ruinas milenarias.

—Mi general —dijo Buqtur en un francés exquisito, en cuanto lo condujo a la cámara más elevada del monumento a través de una serie de angostos pasajes—: antes de revelaros lo que vos tanto anheláis, debéis vaciar vuestra alma y dejársela pesar al eterno celador de este lugar. Y eso, señor, lo haréis solo.

—¿Solo?

Elías asintió muy serio.

—Siempre ha sido así. Desde la época de los faraones hasta la llegada de los musulmanes. Es la ley. Así lo hicieron César o Alejandro el macedonio, y ambos llegaron a convertirse en señores de Egipto. Así lo debéis hacer vos.

Y el general, sin entender muy bien lo que quería decirle su intérprete, aceptó una vez más.

¿Cómo había podido ser tan temerario?, se reprendía ahora.

Bonaparte podía aún adivinar en las negras pupilas de Buqtur cierto temor supersticioso. Quizá el mismo que había llevado a los mamelucos derrotados en El Cairo a llamarle Bunabart el Diabólico, imaginándoselo como una especie de djinn, de espíritu maléfico, provisto de uñas largas y afiladas, capaz de petrificar a sus enemigos con sólo mirarlos. El circunspecto Elías, pese a haber tratado de cerca durante meses a Napoleón, seguía sin estar del todo seguro de si aquella impresión de los viejos señores de La Madre del Mundo<sup>[3]</sup> fuera nada más que una fantasía.

Su familia llevaba generaciones guiando a los iniciados hasta las entrañas del Templo de Saurid<sup>[4]</sup>, pero nunca su padre o su abuelo le habían hablado de un candidato de rasgos tan poderosos como aquél.